

la Galia del Sudeste. Desde el campo en que se había atrincherado junto al Bajo Ródano y donde rehizo su ejército, Mario vió desfilar durante seis días á los hombres, á las mujeres y á los bagajes, y luego, dándoles alcance en Aix, les aniquiló (102). La victoria de Vercel, alcanzada el año siguiente sobre los cimbro, completó su triunfo y aseguró en definitiva la salvación de Italia.

A no mediar la repugnancia que á los galos del Me-



C. Mario. (Museo Capitolino.)

dió inspiraba la ferocidad germánica, es de creer que estos sucesos les hubieran impulsado á sublevarse. Prueba de ello es el movimiento que se produjo en Tolosa después de la victoria de los helvecios. Estalló la rebelión cuando los oprimidos creyeron encontrar entre los mismos romanos un vengador y un caudillo. Sertorio había reconstituido en España el partido democrático (82-72); inspirándose en las ideas de los Gracos, prometía á los provincianos la mejora de su suerte. Sus promesas hallaron favorable acogida en la Galia. Esta se hallaba en plena insurrección cuando Pompeyo la cruzó el 77 antes de J. C. para restablecer la autoridad del Senado allende el Pirineo. Se abrió paso espada en mano á costa de grandes sacrificios. Fonteyo, que quedara atrás, vióse reducido á libertar á Narbona y Marsella. Algunos años más tarde C. Calpurnio Piso (66-64) dominó un nuevo alzamiento. Entonces ocurrió un episodio conocido que se refiere á uno de los hechos más importantes de la his-

toria íntima de Roma. Los alobroges, cansados de la guerra, habían enviado al Senado una diputación que no consiguió respuesta favorable. Era el momento en que Catilina tramaba su conjuración. Los conjurados buscaban aliados. Pensaron encontrarlos entre los galos, y confiaron su proyecto á los diputados alobroges que les denunciaron (63). Por medio de esta traición pensaron los alobroges favorecer la causa de su patria. Debieron contentarse con recompensas personales. Una insurrección realizada el 61 fracasó lo mismo que las anteriores.

Así las cosas, apareció el hombre que debía completar la sumisión de la Galia á la vez que conducirla por el camino de la civilización. El día 1.º de enero del 58, C. Julio César tomó posesión de un gobierno que comprendía, además de la Iliria, las dos provincias galas de la Cisalpina y de la Transalpina.

II.—Campana de César (58-50 antes de J. C.) (1)

La conquista de César fué obra de ambición personal, á la vez que un acto de prudente política y una medida de previsión y de salvación, si no para Roma, para las posesiones romanas en la Galia. La invasión germánica, detenida un punto por la derrota de los cimbro y teutones, siguió su curso. Las naciones célticas, ocupadas en sus disensiones, no podían luchar contra aquel torrente. Después de sumergirlas, les amenazaba con llevarlas junto con sus vencedores hasta las fronteras de la Transalpina. Se imponía la intervención. Era tiempo de que la dominación romana avanzase hasta el Rhin ó retrocediese hasta los Alpes.

Los galos habían atraído sobre la Galia este azote. La caída de la hegemonía arvernia hizo que los secuanos cayesen bajo la supremacía de los eduos. La tiranía de éstos impulsó á aquéllos á implorar la ayuda de Ariovisto. Era éste uno de los jefes que vagaban por Germania en busca de aventuras y botín. Dos batallas le bastaron para vencer á los eduos; pero los secuanos no hicieron sino cambiar de amo, y el nuevo yugo les hizo echar de menos el antiguo. De mercenario, Ariovisto se convirtió en soberano. Los pocos millares de guerreros que había llevado consigo se multiplicaron en proporciones enormes. Harudos, marcomanos, tribocos, vangiones, nemetes, suevos, acudieron de todas partes. Les distribuyó tierras, impuso tributos, exigió rehenes. Correspondía á Roma defender á sus aliados. Se trataba de su seguridad y de su honor. Pero en vano el eduo Diviciaco invocó las promesas hechas á su na-

(1) FUENTES.—César, *Guerra de las Galias*. Consúltense las *Vidas de César* por Suetonio y Plutarco, Dion Casio, XXXIX y XL, y Floro, III, II.

OBRA DE CONSULTA.—Duque de Aumale, *Alsacia. Estudios sur la septième campagne de César*, 1859. De Sauley, *Les campagnes de Jules César dans les Gaules*, 1862. Napoleón III, *Histoire de Jules César*, II, 1866. Réville, *Vercingétorix*, «Revue des deux mondes», 1877. Stoffel, *Guerre de César et d'Arioviste*, 1890. Desjardins, *Géographie de la Gaule*, II. Fustel de Coulanges, *La Gaule Romaine*, 1891. Rice Holmes, *Cesar's conquest of Gaul*, 1899. Es difícil restablecer las identificaciones topográficas á causa de la vaguedad de los relatos de César. Las excavaciones practicadas por orden de Napoleón III han resuelto la cuestión de Alsacia en favor de Alise-Sainte-Reine en Borgoña. Véase Barthélemy, *Alsacia. Son véritable emplacement*, «Revue des questions historiques», 1867.

ción. De su misión no trajo más que vagas esperanzas. Entretanto el Senado negociaba una alianza con Ariovisto y le confería, como antes á los eduos, el título de amigo de los romanos (59). Las dificultades de orden interior con que tropezaba Roma explican este acto de debilidad. A lo que parece, César, que entonces era cónsul, nada hizo para evitar tal abandono.

Alentada por este ejemplo, se agitaba la Germania entera. Los usipios, los teucteros, arrojados de su país por los suevos, se preparaban para franquear el Ródano por su desembocadura. Los suevos, por su parte, se concentraban á lo largo de ese río, entre el Sieg y el Main. Más al Sur se comunicaba á los pueblos célticos tal impulso, que una vez más conmovió y arrojó de sus montañas á los helvecios. Estaban en el extremo límite de la Galia, en primera línea para recibir el choque. De su emigración reciente conservaban algo de ese gusto vagabundo que antes animara á todas las tribus de su raza. Por último, desde que se establecieron en sus montañas, contemplaban con envidia las fértiles llanuras en las que otros les habían precedido. Habían hecho causa común con los cimbro é infligido á los romanos una derrota cuyo recuerdo excitaba su orgullo. Añádanse á todo esto las exhortaciones de Orgetórix, que les impulsaban á un éxodo del que sería el jefe, con lo cual satisfaría su ambición. La conjura que urdió



Denarios de plata de Orgetórix (1)

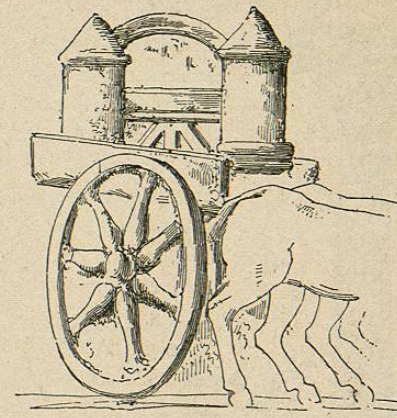
para apoderarse del poder supremo abortó, y él mismo se vió obligado á darse la muerte; pero los proyectos formados por él no se echaron en olvido. Se quemaron ciudades y aldeas, se destruyeron los víveres que no se podían llevar y se acomodaron en carros los viejos, mujeres y niños. El movimiento se propagó á los pueblos vecinos desde el Rhin hasta los Alpes Nórnicos, los rauracos, los tulingos, los latovicos, los boyos. Empezaba de nuevo la invasión cimbra.

Pretendían los helvecios penetrar hasta el país de los santones. El camino más recto estaba encajonado entre el Ródano y el Jura. Resolvieron ganar la orilla izquierda de aquél con objeto de volver á la derecha después. No faltaban vados entre el paso de la Ecluse y Ginebra; pero la provincia romana empezaba al otro lado, y César, después de negarles el paso, se dispuso á defenderlo contra todo ataque. Había abierto trincheras en los puntos más accesibles. Su actitud rechazó á los asaltantes hacia otro camino. Mientras desfilaron con forzosa lentitud, César reunió todas las fuerzas disponibles y corrió á cerrarles el paso por el valle del Saona. Los eduos, perjudicados por la invasión, imploraron el auxilio de las legiones que por vez primera aparecieron más allá de los límites de la Transalpina.

(1) En el anverso, el busto de Diana y la palabra EDVIS; en el reverso, un oso y la palabra ORGETIR (Orgetórix).

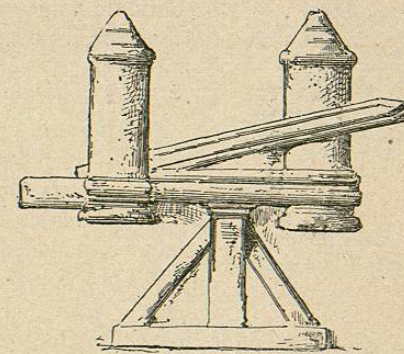
Libróse en los alrededores de Bibracto una batalla decisiva. Los restos de la inmigración helvética se felicitaron de poder volver á su país. Los boyos se establecieron en el territorio de los eduos y pasaron á formar parte de la clientela de éstos.

Nada significaba haber rechazado á los helvecios si



Máquina de guerra arrastrada por caballos (De la columna Trajana)

se dejaba libre el campo á Ariovisto. El jefe germano, al aproximarse los romanos, se dirigió á Vesontio (Besançon), capital de los secuanos. Quería fortificarse allí. César se le anticipó; pero tal era el terror inspirado por aquellos bárbaros, que sus soldados apenas se atrevían á seguirle. El mismo entabló negociaciones ó aparentó entablarlas. Se vió entonces hasta dónde llegaba la longanimidad del Senado. Ariovisto se mostró arrogante en extremo. Reputaba suya aquella parte de la Galia, abandonando la otra á Roma. Había retrocedido hasta las llanuras de la Alta Alsacia hasta llegar á su línea de retirada. La derrota que allí padeció fué tan completa como la de los helvecios. Le acosaron los romanos hasta el Rhin (58).



Máquina de guerra montada en tierra (De la columna Trajana)

César apareció ante los galos como un libertador. Muchos de ellos le felicitaron después de la expulsión de los helvecios. A instancia de los mismos galos, emprendió la guerra contra Ariovisto. Cuando ésta terminó, dejó entrever sus verdaderos deseos. El ejército romano estaba concentrado en la Transalpina. Nada indicaba que se dispusiese á evacuarla después de haberla libertado. Como los secuanos después de su lla-

mamiento á los germanos, no quedaba á los galos más recurso que combatir contra sus aliados.

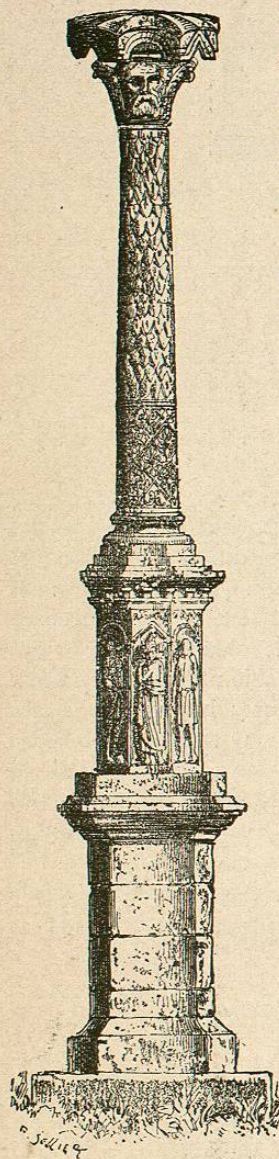
Entonces fué cuando empezó, en realidad, la guerra de las Galias.

Se la puede dividir en dos períodos. El primero, del 57 al 55, ambos inclusive, comprende tres años de tentativas incoherentes, de sublevaciones parciales. El segundo, del 54 al 52, se caracteriza por el despertar del sentimiento nacional, por insurrecciones cada vez más vastas, por esfuerzos siempre más enérgicos. Este movimiento terminó con el gran alzamiento que se produjo en la mayor parte de la Galia á excitación de Vercingetórix.

La guerra se inició en el Norte. Mientras la Galia central, entregada á la alegría de verse libre de los bárbaros, aceptaba con agrado el nuevo estado de cosas, las naciones del Belgio veían con inquietud la proximidad de los romanos. Pasaban por más belicosas, más celosas de su libertad, más hostiles al extranjero y más refractarias á la civilización que los otros pueblos, y nada debían al vencedor de los helvecios y de Ariovisto. Se formó, bajo la dirección de los suesiones, una coalición que disponía de fuerzas imponentes (1). El país estaba erizado de obstáculos, lleno de bosques, de pantanos, y era desconocido ó poco menos. No obstante, los remos brindaron sus servicios y se mostraron dispuestos á guiar al invasor. El ejército de los belgas, por otra parte, era más formidable en apariencia que en realidad, y difícil de hacer maniobrar, de alentar y mantener unido.

Para separar de la liga á los belovacos, bastó un ataque dirigido contra su país. Para desbaratar el ejército entero bastó el ejemplo de los belovacos. Los diferentes contingentes se desbandaron con el pretexto de ir á defender sus hogares, y la gran coalición del Norte, disuelta casi sin combate, sólo opuso á los romanos fragmentos aislados que con facilidad fueron vencidos. Sólo los nervios, unidos á los veromanduos y á los

(1) Ascendían á 296.000 hombres, según César; pero esta cifra nos parece exagerada. César nos dice que los belovacos suministraron 60.000 hombres y habrían podido levantar 100.000. El departamento del Oise, que estaba ocupado por ese pueblo, aparecía tan poblado como hoy ó más aún. Esto es poco verosímil.



Monumento de Cussy, cerca de Autun, conmemorativo de la victoria de César sobre los helvecios.

atrebates, se resistieron con tenacidad. Se refugiaron en los bosques, en la margen derecha del Sambre, mientras el enemigo avanzaba por la margen opuesta. Su acometida introdujo el desorden en las legiones. Se les venció después de una batalla encarnizada y todos prefirieron morir á rendirse (57).

César no disimulaba ya su intento de someter á los galos. El Norte estaba subyugado. Se dirigió al Oeste. A fines del 57 había enviado á la costa una legión al mando de su lugarteniente Craso. Había escalonado otras tres más atrás, entre los carnutos, los andecavos y los turones. Se realizó la ocupación sin dificultades. Pero de improviso estalló una sublevación (56) desde la desembocadura del Loira hasta la del Sena.

Los vénetos en el Morbihán formaban el núcleo principal de la rebelión. Contra ellos se dirigió el primer ataque. Las operaciones por tierra no daban el menor resultado. Las ciudades situadas en escollos de rocas se aprovisionaban por mar y no era posible expugnarlas sino durante la marea baja. Se necesitaba, para tomarlas por asalto, enlazarlas al continente por medio de dos diques paralelos cuya masa apartaba las aguas del reflujo, y una vez terminado este trabajo, se advertía su inutilidad porque al fin los sitiados se embarcaban para acogerse á una ciudad vecina y renovar allí su resistencia. Sin la acción naval, la guerra se eternizaría. César carecía de flota. Improvisó una con el concurso de los pueblos marítimos del Sur del Loira. Era inferior en número y calidad á la de los vénetos; pero los romanos suplieron con ingeniosos inventos este defecto. Para inmovilizar los buques enemigos, se dispuso un sistema de hoces que, hábilmente manejadas al extremo de largas pértigas, cortaban las cuerdas é impedían el uso de la vela. El barco así desgovernado era rodeado por los legionarios, que subían al abordaje y combatían con mayor ventaja como en tierra firme. Los vénetos, vencidos por este medio en una gran batalla, se sometieron (56).

César se mostró cruel. Su crueldad, lo mismo que su clemencia, eran calculadas. Había permitido á los helvecios volver á su país á condición de que luchasen contra los germanos. A ruegos de los eduos y remos perdonó á los belovacos y á los suesiones, queriendo demostrar de este modo lo que podía hacer por sus amigos un pueblo fiel. Amnistió á los nervios, á los que creía destrozados para siempre. Pero vendió en almoneda á los aduáticos, culpables de haberle atacado á traición después de una capitulación fingida. Fué inexorable con los vénetos, á los que reprochaba haber detenido á los oficiales enviados por Craso. Corrieron, pues, la suerte de los aduáticos y se condenó á muerte á su Senado.

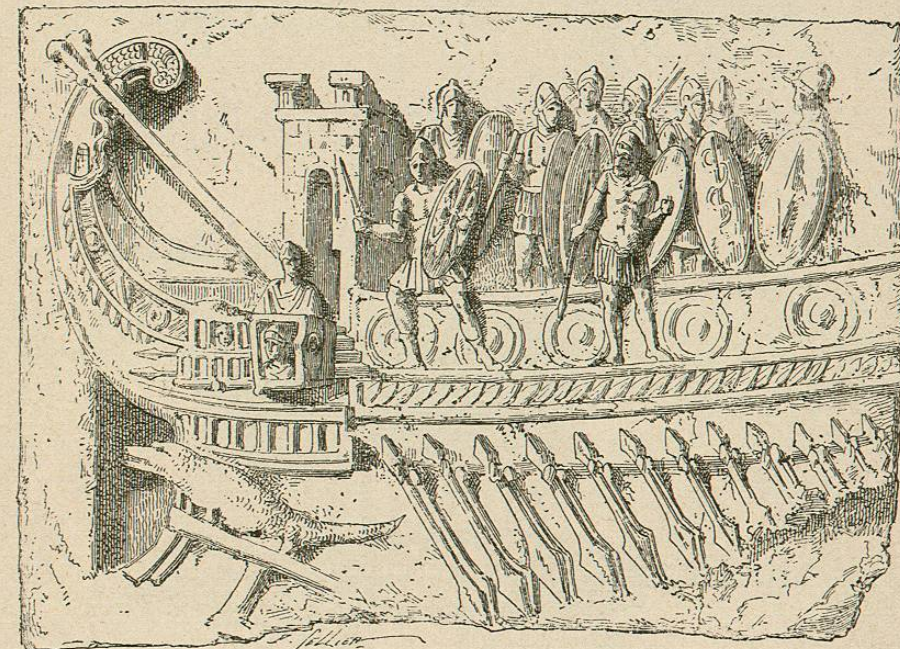
Completó el romano su victoria paseando las águilas por todos los puntos que no había visitado todavía. Encargó á Sabino que sometiese los Estados del litoral de la Mancha. Volvió al Belgio para rechazar hacia sus pantanos, á lo largo del mar del Norte, á los morinos y menapios. Una brillante campaña de Craso en Aquitania determinó la sumisión de la mayoría de los pueblos situados entre el Garona y los Pirineos. Al mismo tiempo César cuidó de abrir nuevas y más expeditas vías que uniesen la Galia con Roma por el San Bernardo y el Simplón. Estas expediciones le ocu-

paron á fines del año 56. Meditaba para el año siguiente otras dos que debían acrecentar el prestigio de sus armas.

Nunca dejó de preocuparle el peligro de la invasión germánica. Este peligro amenazaba entonces en el curso inferior del Rhin, y era tanto mayor cuanto que entre los habitantes del Belgio y los germanos era muy fácil el acuerdo. En años anteriores se había visto á los últimos acudir al llamamiento de sus vecinos. El invierno del 56 al 55 los usipios y los teucteros se esparcieron por los territorios de los menapios. Otras tribus avanzaron hasta el país de los eburones y de los suesiones, á orillas del Meuse y del Oise. César

ques, y fué preciso que los legionarios se reembarcasen á toda prisa (55).

César no podía permanecer inactivo ante tal fracaso. Al año siguiente preparó una armada más potente, y á la cabeza de cinco legiones avanzó por el interior hasta el otro lado del Támesis. El enemigo, derrotado en las batallas campales, entabló una guerra de guerrillas en extremo peligrosa. El caudillo romano no se atrevió á ir más lejos. Su principal propósito consistía, como en el Rhin, en aterrar á los galos, mostrando al propio tiempo á los pueblos vecinos el peligro de inmiscuirse en los asuntos de la Galia. Alcanzó este doble objeto, y aprovechó de algunas apariencias de su



Galera romana: bajo relieve del templo de la Fortuna en Prenesta. (Museo de Saint-Germain.)

resolvió dar un gran golpe. No se limitó á rechazar á los agresores al otro lado del Rhin, sino que cruzó el río y demostró á esos enemigos que se jactaban de no poder ser sorprendidos, que, en caso necesario, les alcanzaría en su misma patria. Avanzó por la confluencia del Sieg, junto á Colonia, por un puente de madera que se construyó en diez días. No permaneció más de diez y ocho en la orilla derecha, desafiando á los suevos y á los sicambros, que se retiraban al verle, y luego volvió sobre sus pasos (55). La misma demostración, renovada dos años más tarde (53), dió el mismo resultado negativo. Sin duda esperaba alcanzar sólo por este medio un efecto moral, y no se engañó.

La Bretaña contribuía con Germania á sostener la resistencia de los galos. Había socorrido á los vénetos y ofreció asilo á los jefes de los belgas después de la derrota del 57. Al otro lado de la Mancha existía un centro de maquinaciones hostiles que urgía destruir. Esto fué objeto de una empresa más audaz aún que la anterior. Se concentró en Portus-Itius (Boulogne) una flota que llevó dos legiones á los acantilados de Douvres. Esta fuerza no bastaba para la expedición y se detuvo en la costa. Los indígenas, asustados al principio, se marcharon y volvieron después en gran número. Las tempestades causaron grandes averías en los bu-

resolución para volver al otro lado del estrecho, adonde le llamaban graves cuidados (54).

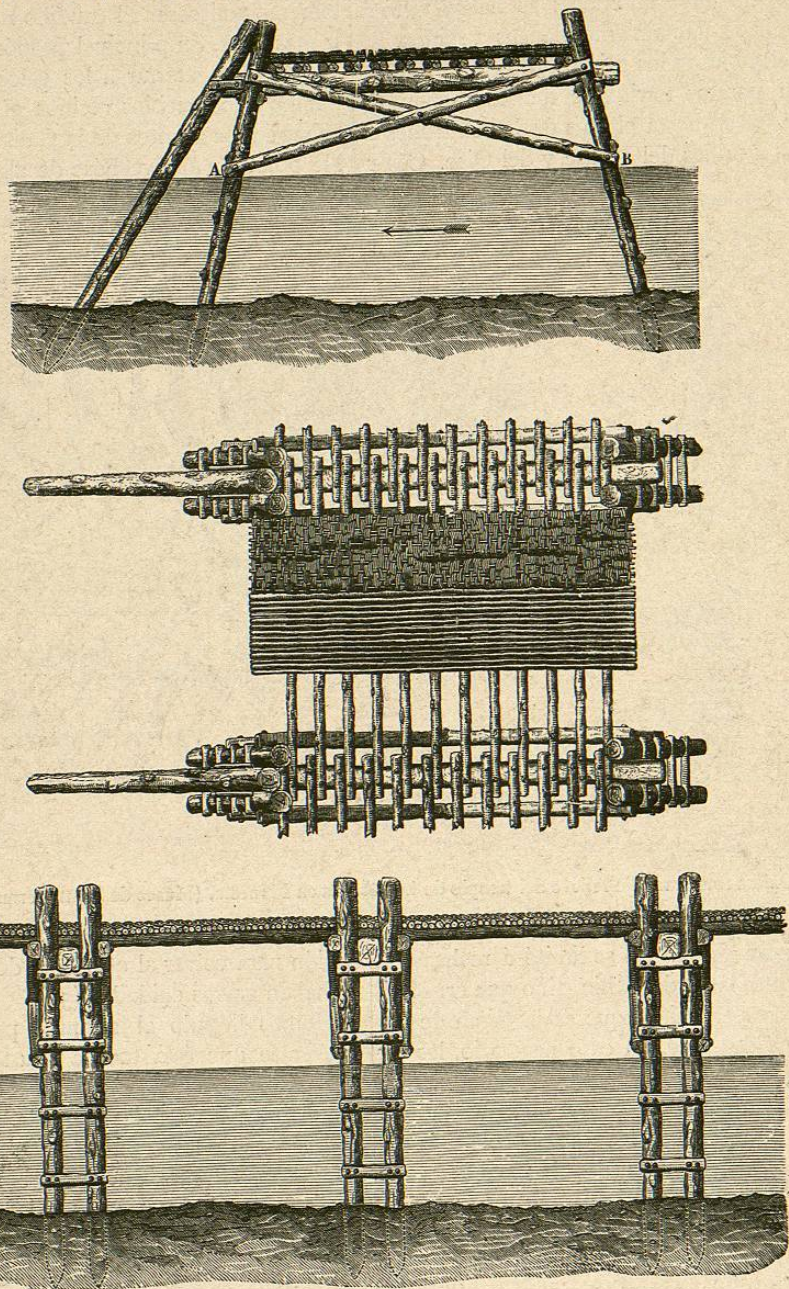
Hemos llegado al segundo período de la guerra. Creyérase que ésta tocaba á su término. El Belgio, la Armórica, la Aquitania misma estaban dominados. La Céltica no daba señales de vida. En realidad empezaba la época de las grandes dificultades. Síntomas poco halagüeños anunciaban un cambio profundo en el estado de ánimo de los galos. La dominación romana, que imponía á todos los pueblos el mismo yugo, al hacer inútil toda competencia por la hegemonía, suprimió el gran obstáculo para la acción común. La Galia olvidaba sus discordias y se unía en odio al extranjero.

Otra vez dieron los belgas la señal de la rebelión á fines del mismo año 54. Empezaron con un atrevido golpe. César, de vuelta al continente, había cometido la imprudencia de dispersar sus legiones. La de Sabino, que acampaba en el territorio de los eburones, en la meseta de Tongres, fué asaltada de improviso por fuerzas superiores en número. Sorprendido, Sabino cayó en un grosero lazo. El jefe de los eburones era Ambiórix. Este astuto caudillo había sido amigo de los romanos. Se jactó de serlo todavía, no obstante la defeción á que, según su dicho, le arrastraron los suyos. Indicó que la Galia estaba en armas, que los germanos

volvían á pasar el Rhin y que Sabino estaba perdido si no se apresuraba á reunirse con las legiones más inmediatas. El infeliz legado dió crédito á tan mentirosas protestas. Aceptó una capitulación que le prometía el paso franco; y apenas hubo salido del campamento, cayó en una emboscada, en la que pereció con todos sus legionarios. Quinto Cicerón salvó al ejército. Se

taron á los jefes impuestos por la tacción romana. Los emisarios iban de un lado á otro anudando los hilos del complot. Todos los pueblos se aprestaban á sacudir el yugo, salvo los antiguos aliados, los eduos y los remos.

César adivinó el peligro. Aumentó su ejército hasta diez legiones; y por primera vez, y aun cuando sus intereses le llamaban á Italia, resolvió pasar el invierno



Puente de tablas sobre el Rhin. Corte transversal, plano y corte longitudinal. Distancia entre A B, 11,75 metros aproximadamente. Ancho del puente en la parte superior, 9,50 metros

hallaba acampado á corta distancia del sitio de la catástrofe. Los eburones, ayudados por los menapios y los nervios, se arrojaron sobre las trincheras romanas. Se quiso emplear igual ardid que tan buen resultado diera con Sabino; pero Quinto Cicerón era más sagaz. Se negó á entablar negociaciones y se defendió heroicamente hasta la llegada de César.

Ya era tiempo. El desastre de Sabino había conmovido á toda la Galia. Los carnutos y los senones se habían alzado en armas, y echaron de las ciudades ó ma-

en este lado de los Alpes. Por medio de promesas ó por el terror logró evitar una insurrección general. Sólo los belgas empuñaron las armas, y fueron horriblemente diezmados. Dos hombres habían sido el alma de la sublevación, el treverio Induciomaro y el eburón Ambiórix. El primero cayó en el campo de batalla. El otro se sustrajo á la persecución y aguardó en ignorado retiro días mejores. Los carnutos y los senones se rindieron sin combatir; el jefe de estos últimos, Acco, pereció á manos del verdugo (53).

53

Faltó á los galos en esa tentativa, no ya el deseo de unión, sino el hombre capaz de realizarla y de concebir un plan que les permitiese recobrar la independencia. La fortuna les concedió este jefe y les dió un Vercingetórix.

Hemos hablado de su origen (1). Vástago de una noble familia arvernia, pertenecía por su nacimiento al partido democrático y nacional y estaba designado, en su patria por lo menos, como el jefe indiscutible. César trató de atraérselo y le confirió el título de amigo. Empezó, pues, por mostrarse favorable á los romanos.

senones, los parisienses, los aulercios, los lemovios, los turonenses, los andecavos, los pictones y todos los pueblos que habitaban á lo largo de las costas del Océano. En el Sur los cadurcos dieron el ejemplo á sus vecinos los nitióbrigos, los gabalos y aquellos rutenos que no estaban englobados en la provincia romana. El Belgio, que se hallaba exhausto y poco dispuesto á hacer causa común con los pueblos del Centro, tardó más en decidirse y su adhesión no fué unánime. Los remos y los lingones permanecieron fieles á la alianza de Roma. Los treverios se disculparon alegando la distancia y los



Destrucción de una aldea germana por las tropas romanas. (Copia de un bajo relieve romano.)

Otros encarnizados enemigos de la república, el eburón Ambiórix, el atrebate Commio, habían empezado de igual modo. Nada sabemos de sus verdaderos sentimientos en aquella época. Si eran los mismos que demostró después, se comprende que los disimulara. Los hombres que habían inmolado á su padre ocupaban el poder, y él mismo, no obstante su juventud, era sospechoso. Lo evidente es que no aguardó al último instante para darse á conocer á propios y extraños. La empresa en que tomó parte principal databa de antiguo. La unidad de las resoluciones y la puntualidad en la ejecución de las mismas denotan un solo pensamiento y una autoridad unánimemente reconocida.

Como se había convenido, partió la chispa del país de los carnutos. El primer acto del drama fué el asesinato de los comerciantes romanos de Genabum (Orleáns). Hombres apostados de trecho en trecho transmitieron aquella misma tarde la noticia hasta las montañas de Auvernia. Con los arvernios se sublevaron los

ataques de los germanos. Los belovacos quisieron luchar por su propia cuenta. Los nervios, los morinos, los mediomatrics, los helvecios, no combatieron sino al final de la guerra. La Aquitania, ibérica y no gala, permaneció pasiva. Fué la Céltica propiamente dicha, con sus recursos casi intactos, la que luchó, primero en su mayoría, después en su totalidad.

Vercingetórix no se hacía ilusiones. Sabía cuántas rivalidades y celos y desconfianzas encubría el aparente acuerdo. Pero estaba decidido á salvar todos los obstáculos. Fijó los contingentes, se aseguró con rehenes la obediencia, y por medio de suplicios la impuso. Los tibios, los que vacilaban, fueron tratados con igual rigor que los enemigos declarados. Su plan era sencillo y bien concebido. Mientras lanzaba al cadurco Lucterio contra la provincia, hacia Narbona, para molestar á los romanos en su base de operaciones y despertar, si era posible, en sus súbditos el deseo de la independencia, iba en persona á situarse, con el grueso de sus fuerzas, en el país de los bitúrigos-cubios. Pensaba arrastrar á estos últimos, y no se equivocó, consiguiendo de paso

(1) Capítulo I, párrafo 5.
Tomo I